

MUSEO DE MEDALLAS

de la

BIBLIOTECA NACIONAL.

La numismática ó sea la ciencia de las medallas fué un descubrimiento hecho por los españoles, de quienes la aprendieron las demas naciones. Desde el siglo XV particularmente sirve para formar historias, geografias, anales y aun para corregir las escrituras antiguas. Las naciones de Europa han adelantado mucho en esta ciencia; pero la España que debiera ser la mas ilustrada, puesto que ella la enseña al mundo, ha quedado atras de todas, como en otras muchas cosas, á causa de la influencia del atroz despotismo, que todo lo que tiende á ilustrar al pueblo lo paraliza y arrolla en la nacion en que por desgracia impera. Si bien los italianos conceden á su Petrarca la gloria de haber sido el primero que empezó esta ciencia y enseñó sus utilidades, porque se dedicó á juntar algunas monedas antiguas de las muchas que es de creer circulasen por Italia en su tiempo, los Anales Numismáticos no pueden empezarse hasta don Alfonso V, rey de Aragon, que fué el verdadero originario de la ciencia: asi lo afirma el célebre padre Florez, autorizado por la historia contemporánea de aquel rey. El cronista de don Alfonso, Antonio Panormitae, dice: *que fué tan estudioso de las medallas aquel monarca, que recogiendo cuantas pudo por Italia, las colocó en una arquita de marfil, que siempre llevaba consigo, por el deleite que sentia al ver los retratos de los héroes antiguos, cuya memoria, representada en aquellos monumentos, le inflamaba de una generosa emulacion.* La Italia, que advirtió el aprecio que hacia de una materia que tenia despreciada entre las ruinas de los palacios de sus Césares y los templos de sus antiguos dioses, recogió cuidadosamente las monedas de sus célebres señores, y empezó á formar numerosas colecciones que dieron un grande impulso á la ciencia numismática. Cuando la Europa vió la famosa obra, que sobre esta ciencia escribió nuestro arzobispo de Tarragona don ANTONIO AGUSTIN, cuyos elegantes discursos manifestaron la utilidad de las monedas antiguas, sus sábios empezaron á adquirir estos preciosos monumentos, únicos que han sobrevivido, casi intactos, al impulso del tiempo que todo lo destruye, y empezó desde entonces á propagarse estraordinariamente la aficion á este utilísimo estudio. En todas partes se empezaron á publicar obras de la ciencia, solo á la España faltaba hacer una completa coleccion de sus monedas, y volviendo el célebre agustino Enrique Florez, por el honor de su nacion, en el feliz reinado de Carlos III, cuyo rey protegió su empresa, publicó su preciosa obra de las *Antiguas colonias y municipios de España*, concluyéndola con la descripcion de las que para vergüenza de las artes acuñaron los reyes godos en nuestra patria antes de la pérdida de la batalla de Guadalete que nos costó setecientos años de continua lucha contra el terrible agareno.

El señor Lastanosa, Velazquez y otros españoles tam-

bien escribieron sobre la ciencia, y la real Biblioteca tuvo un Bayer, que durante su gefatura escribió sobre las monedas *samaritanas*, y aunque su idea fué trabajar sobre las de España, la muerte le arrebató antes de cumplir su deseo.

Adoptado generalmente en los monetarios el sistema de José Lekell en su obra titulada, *Doctrina Numorum Veterum*, que divide las monedas antiguas en dos grandes secciones, á saber: *monedas que no son romanas y monedas romanas*, es el que se ha seguido y sigue en este Museo. Bajo la primera denominacion clasificóse la coleccion por este sistema que comprende todas las acuñadas por los reyes, tiranos, ciudades ó provincias del orbe antiguo, estuviesen ó no bajo el yugo del imperio; y en la segunda todas las monedas de Roma desde su fundacion hasta la toma de Constantiuopla en 1453 por Mahometo II, emperador de los turcos. Sin embargo de que en la clasificacion de la primera de estas dos grandes séries, colocan algunos las monedas de los reynos, pueblos y ciudades por orden alfabético, se ha seguido el geográfico empezando por la Lusitania, que es la parte mas occidental del mundo conocido de los antiguos, evitando de este modo lo ridículo que seria el ver monedas de *Panormum* en *Sicilia*, colocadas al lado de las de *Panticapeum* en los confines de la *Taurica*, al setentrion, y las de *Bibilis* en la *Tarraconense*, junto á las de *Byzantium* en el *Bosphoro*.

PRIMERA SECCION.

Por esta razon se puede decir que el Museo de la Biblioteca Nacional presenta en la actualidad un mapa geográfico metálico. Empieza por las monedas de *Hispania*, dividida en las regiones de *Lusitanica*, *Bætica* y *Tarraconensis*. Siguen despues las de la antigua *Gallia* con sus subdivisiones de *Aquitanicæ*, *Lugdunensis* y *Narbonensis*; las escasas monedas de los pueblos y reyes de la antigua *Germania* y las de la *Britania* van en seguida y á ellas suceden la magnífica coleccion de la *Italia* antigua é islas adyacentes, recorriendo todas sus regiones y provincias. *Latium*, *Samnia*, *Brutium*, *Campania*, *Umbria*, *Etruria*, *Sicilia* y *Siracusa*, con sus reyes y tiranos etc., esceptuando solo á Roma, que ocupa otro lugar como cabeza y fundamento de la que los antiguos llaman segunda época. Con el mapa en la mano, pueden verse despues las monedas de las ciudades é islas del *Archipiélago*, de la *Magna Grecia* y del *Asia* menor y mayor, desde los tiempos mas remotos hasta que conquistadas por los romanos dejaron la costumbre y perdieron el derecho de batir moneda de su propia autoridad. Están incluidas en las séries de sus reinos y provincias respectivas las monedas de los reyes, *sátrapas* y *tiranos* de *Persia*, *Media*, *Macedonia*, *Bythia*, *Capadocia*, *Armenia*, *Ponto* y tambien las de los *Ptolomeos*, *Lysimacos* y demas sucesores de *Alejandro el Grande*. Dando la vuelta al orbe se encuentran las monedas *egipcias*, *fenicias* y de la *Palestina*; las de *Numidia*, *Utica*, *Lep-tis*, *Cartago* y demas ciudades de la *Tingitania* y *Mauritania* completan esta primera série en la que, al mismo tiempo de seguirse este plan geográfico, se hallan colocadas las monedas por orden alfabético en la clasificacion de las ciudades de un mismo reino ó provincia.

SEGUNDA SECCION.

Esta segunda seccion empieza con los pesados *ases*, moneda primitiva de Roma, *los semises, trienes, cuadrados, sextercios, nicias etc.* Vienen despues las monedas *consulares y familiares romanas*, y á continuacion se halla colocada la preciosa série de oro de *emperadores*, las de plata, despues las de grande, mediano, pequeño y mínimo bronce, que comprenden desde Julio César, primer emperador, hasta el último de Oriente, Constantino XIV, que es un espacio no interrumpido de catorce siglos. Cierra esta segunda seccion una série de *talismanes y monedas hebráicas, siclos* y otras acuñadas en *Jerusalem* ya por los cristianos al principio de la era cristiana, ya falsificadas con relacion á esta época por los falsarios del siglo XVI.

MONEDAS MODERNAS.

Las monedas modernas siguen el mismo orden geográfico adoptado para la primera seccion. Empezando por España, ocupan el primer lugar las monedas de los *suevos, vándalos godos ó wisigodos*: siguen las de los árabes y despues las españolas hasta las de nuestra adorada Isabel II. Quizá algun inteligente será de parecer que los reyes godos y españoles que salieron, por decirlo así, de un vástago comun, deberian continuar en una série no interrumpida, sin que fuese cortada por las monedas de los árabes; pero se ha preferido dividir aquella en dos secciones: la 1.^a que concluye con el rey D. Rodrigo que perdió España en la batalla del Guadalete, y la otra que empieza en el infante D. Pelayo restaurador de la monarquia goda, y llega hasta nuestros dias; colocando en este intermedio las monedas árabes desde *Abderramen* primer rey de Córdoba, hasta *Bohadil el chico* último rey de Granada.

Siguen á las españolas las monedas de Francia, que presentan igualmente su série de reyes *ostrogodos, longobardos, normandos, merovingienses, carlovigienses* y las de sus barones y reyes hasta nuestros dias. Despues se hallan colocadas las de *Italia* y sus pequeños estados, incluyendo en ella las séries de oro, plata y bronce de monedas *pontificias*. Las de Inglaterra, Alemania, Rusia, Turquía y demas potencias de Europa suceden á aquellas, y se concluye con las de los reyes modernos de Asia y Africa entre las que se cuentan las de la *India* y el *Japon*. En estas séries se ha observado la rigurosa cronologia en los reyes, emperadores ó señores de dichas naciones.

MEDALLONES.

La preciosa coleccion de medallones de todos metales, acuñados en ocasion de grandes victorias, juras, proclamaciones, acciones gloriosas etc., forman la última seccion del Monetario, y en ella se ha guardado el mismo orden geográfico y cronológico demostrado, poniendo en cada nacion por conclusion una série de los varones ilustres de ellas, entre las que se halla una bonita coleccion de plata de todas las acciones gloriosas de Napoleon y las numerosas séries de oro, plata y bronce de los pontífices y cardenales. Por último cierra el Monetario una curiosa série de los artistas científicos y literatos célebres que mas se han distinguido, y una miscelánea de oro y otra de plata en

bonitos escaparates de cristales colocados sobre ricas mesas de caoba, para divertir á los no inteligentes con su perspectiva, y para que el inteligente vea allí, en extracto, cuanto contiene el precioso museo.

Ademas de las monedas y medallas se hallan en este museo una numerosa y preciosa coleccion de impresiones en yeso y en lacre, las cuales sirven para que, á el que estudie numismática, se le entreguen estas, donde encuentra las mismas séries que se han designado sin peligro de que se pierdan ó cambien los originales. Tambien hay otra pequeña porcion de medallones en maderas finas con preciosos relieves y algunos en piedras duras. El sistema indicado presenta sin embargo algunas irregularidades, puesto que no siendo facil dar un corte é interrumpir la inmensa série de monedas romanas, y separar el imperio del Oriente unido tan íntimamente al de Occidente por la cronologia y por la historia, resulta que las monedas de Constantino XIV Paleologo, último emperador Griego, acuñadas á la mitad del siglo XVI, poco antes de que Mahometo conquistase á Constantinopla, se hallan colocadas entre las antiguas, mientras lo estan entre las modernas las de los *suevos, godos y normandos* de los siglos VI y VII, pero debiendo seguir la disposicion de las monedas el orden cronológico de los imperios, nada importa que la línea que separa lo antiguo de lo moderno venga antes ó despues.

Se ven en este Monetario las séries de medallas de una ciudad, rey ó emperador, en una misma caja y carton, sin distincion de metales, porque se ha tenido presente, al hacer la clasificacion, que es muy pueril el hacer, por decirlo así, un desacato á la historia y á la cronologia, por solo la vanidad de enseñar una caja toda de monedas de oro ó de plata, que si bien puede recrear los ojos de quien no esté versado en esta ciencia, choca y atormenta al aficionado, ya sea que estudie los progresos y decadencia del arte, ó ya sea que quiera abrazar á un golpe de vista las monedas de un reino. Sin embargo, cuando se ha podido, se ha conciliado el agrado de la vista con la exigencia de la ciencia, como se ve en la série de emperadores, de oro y plata, en las griegas, familias consulares, emperadores, árabes y reyes españoles y demas de Europa que tuvieron largo reinado.

El número de monedas y objetos numismáticos que contiene el museo, es aproximadamente de unos 96,227 á saber: 2,672 de oro 36,672 de plata; 51,186 de bronce, 366 de plomo, 50 de madera, 895 de lacre y azufres y 4,386 de yeso y otras pastas. Todos estos objetos ocupan 1,429 cajas de nogal, colocadas en 38 preciosísimos estantes de caoba con intercolumnios de la misma madera y adornos de escultura dorados, con las puertas de grandes y costosos cristales de Venecia. Las medallas han tenido en el último año un aumento de mas de quinientas compradas á particulares, sin contar con unas setecientas de plomo de nuestra publicacion de la galeria universal regaladas al Museo. El local es suntuoso y propio del objeto á que está dedicado; las pinturas del techo representan escenas de la fábula griega, y en fin la entrada y todo es digno del decoro que se debe al primer Museo Nacional de medallas, que es uno de los mas completos y bien colocados de Europa. No se crea que el orden indicado es muy antiguo, data solamente desde 1835 en que el Bibliotecario Patiño nos confió este rico depósito, pues hasta esta época, como se publicó entonces y se dijo en los pe-

riódicos, estaba el Monetario en tan deplorable confusión y desorden, tanto en la colocación material de las monedas cuanto en la parte científica, que el menos inteligente conocía á primera vista no se había observado método ni sistema alguno para su clasificación, pues frecuentemente se encontraba una serie de pontífices y personajes célebres de los siglos XV y XVI, al lado de los ases romanos, y contigua á las magníficas series de griegas y serie de emperadores de oro, las de Luis XIV y medallas de Napoleon, si bien estas mismas series se hallaban interrumpidas por monedas de otras diferentes series. Este estado era tanto mas lamentable cuanto que por los preciosos índices é importantes trabajos que se hallan en el espresado Museo, practicados por los inteligentes anticuarios Panel, Bayer, Wamba y Bustamante, se advierte que aquellos sábios tuvieron en sus épocas el Museo perfectamente clasificado. Las mudanzas de local que ha tenido el establecimiento, que debiera tener uno digno de él y perpetuo como hemos insinuado en el número primero, fué causa sin duda de que se invirtiera la clasificación que hicieran aquellos, y encargado despues á manos descuidadas ó poco prácticas, colocaron á granel y al antojo este tesoro digno de toda consideración.

Al terminar este artículo no podemos pasar en silencio el nombre de nuestro amigo D. Pascual Gayangos, catedrático de lengua árabe y traductor de la historia de los árabes, que acaba de publicarse, con notas suyas, en Londres, al que debemos muchos de nuestros conocimientos numismáticos, y cuyo inteligente joven trabajó con nosotros la actual clasificación general del Museo. El celoso gefe actual de la Biblioteca, ha aprobado el sistema científico que se sigue, y si bien, por lo tocante á la minuciosa clasificación de las series parciales, de las muchas medallas que restan aun sin clasificar, y completa formación de los índices, falta mucho que hacer en el Museo para su total perfección, confiamos en que nuestra pasión á este estudio, nuestra constancia, las luces de la sociedad arqueológica matritense, á quien consultamos nuestras dudas, y sobre todo el apoyo del Sr. director para que nada se oponga á la ejecución de estos trabajos, harán que dentro de pocos años pueda competir este Museo, en la parte científica, con los mejores de Europa, puesto que en elegancia y riqueza es ya tal vez el primero.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.

ANTONIO PEREZ.

Relajado en estatua por convencido de herege fugitivo y amotinador contra el Santo oficio y su libre y recto ejercicio (1).

(Conclusion).

Dijo tambien, que si se hallara en córtes de Monzon habia de procurar quitar la inquisición del reino de Aragon, porque era ya cumplido el tiempo porque se concedió, sobre que dió petición á la diputación: y que habia de llevar unos reposteros que tuviesen por orla

castillos, cadenas y grillos, en el campo un potro de tormento, y en lo alto de los reposteros una letra que digese *decora preside*, y en medio del potro *barato desengaño*, y en lo bajo *gloriosa por premio*; y que por encubrir el error de 24 de Mayo procuró que revocasen los testigos que habian dicho contra él en la inquisición, y probó con otros que eran falsos, inducidos á ello por él con dádivas y promesas, dándoles por escrito lo que habian de hacer, y dijo que el último lance que se habia de juzgar en su negocio era motin, porque no habian de juzgar los jueces su causa, sino las berceras: que habia dicho de nuevo las blasfemias y heregias referidas. Que entre otras trazas que tuvo para alborotar el reino, fué hacer pasquines y libelos como se los vieron hacer contra S. M., inquisición y personas graves: que dijo, que violados los fueros y la carcel de manifestados como entonces lo estaban, tenian facultad los aragoneses para elegir nuevo rey, y que eran mas antiguos los dichos fueros que la inquisición, y tenian las mismas censuras y mas privilegiadas: que el modo de proceder en la inquisición era contra derecho natural y divino, pues callaban los nombres y los testigos: que se carteo con Bandoma y le escribió que ido con él, daria traza de vengarse de S. M. y haria fuese señor del mundo. Que cierto valedor suyo tenia estrella del cielo, y no podia ser herido y que si fuese menester quemaria la inquisición: que uno de los dos, de su magestad y de él, estaba precito y el otro predestinado, y que el que primero muriese, era el precito; que en buen gobierno de estado convenia que los venecianos y demas potentados de Italia favoreciesen á Bandoma, porque su magestad no se ensorbeciese con su potencia, y que el dicho Bandoma gobernaria á contento de todos: que por encubrir sus cartas las escribia á título de inquisición; que si Aragon le creyera se habia de hacer república, como Venecia y Génova, y así saldria del poder de Castilla. ó que si nó que se diese á Francia: que temia queria Dios pasar la religion cristiana á Inglaterra ó donde estaban los luteranos, porque en lo natural y gobierno pulicia, escedian á los cristianos católicos, y que cuando usan bien de lo natural, ayuda Dios con lo sobrenatural: que fue traza suya el motin de 24 de mayo y setiembre y quebrantamiento de cárceles, porque en 24 de mayo dió gracias á la gente amotinada, y en 24 de setiembre la llamó desde una reja: que se fué á Pau donde reside entre herejes: que solicitó de allí venir luteranos contra España, como en efecto vinieron: que compuso un libro intitulado *Aventuras de Antonio Perez*, é impreso repartió mucho cuerpos de él por diversas partes y provincias, donde dijo muchas blasfemias hereticas y desvergüenzas contra S. M., la inquisición y sus ministros: que temia de haber salido de su servicio cierto page suyo, diciendo habian pasado con él ciertas cosas torpes y lascivas: que por esto y las pláticas que tuvo con quien se lo contaba, se inferia su mal modo de vivir en este caso. Pruébese ser descendiente de judios, viznieto de mosen Anton Perez vicario de Ariza por parte de padre, nuevo convertido de judios testificados en este santo oficio: haber hecho ritos y ceremonias de la ley de Moises, y Joan Perez hermano del dicho Mosen Anton Perez, haber sido relajado en esta inquisición por hereje judaizante, y entre otros errores haber procurado no hubiese inquisición como consta de su proceso y sambenito que está en la iglesia del Aseo de Calatayud. Mandose prender y no pudo ser habido; diéronse edictos, no pareció, y constó por informacion estar en Pau tierra de

(1) Véase el número 12.

hereses fulminados: en el proceso en forma se le condenó á relajar en auto público, confiscacion de bienes, y en caso que no pudiese ser habido se ejecutase en su estatua.

NOTA.

Es copia del original que se halla en el códice P. 31 página 29 de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Leyenda histórica española

DEL SIGLO XII.

LA HEROICA TORTOSINA

LAS DAMAS DEL PASATIEMPO.

(Continuacion.)

Desesperados y desconfiados de todo socorro, y de lo imposible de sostenerse por mucho tiempo contra fuerzas tan superiores, empezaron á dividirse en opiniones los tortosinos, y visto por *Mosen Roger Despuig*, al que habian nombrado general gobernador despues de la prision de Moncada, mandó reunir en consejo á todos los caballeros en la torre del Muro, que con la casa del portal de la Rosa, le diera el conde por su valor de ser el primero que asaltó la ciudad cuando su conquista con el señor Moncada. Reunidos los caballeros empezaron á platicar buscando remedio á tan grave mal como les cercaba, y como no hallasen ninguno posible, y si tuviesen por seguro que si se entregaban á los infieles serian cruelmente maltratados ellos y sus familias, resolvieron decididamente el matar á todas las mugeres, niños y personas impedidas y ancianas incapaces de pelear; pegar fuego á todos sus edificios, tesoros y ropas, como lo hicieron por igual caso los valientes de Sagunto y de Numancia, y cuando todo hubiese sido reducido á cenizas, salir á pelear y morir entre los enemigos. Llenos de amor patrio los tortosinos y prefiriendo la muerte á la esclavitud, acogieron con entusiasmo la bárbara aunque heroica determinacion del consejo, y todos conformes solo aguardaban la hora en que las campanas de la iglesia de nuestra Señora diesen la señal convenida para poner fin cada uno á la vida de las prendas mas queridas, y encender despues las terribles teas que habian de reducir á pavesas tan bella ciudad. Las mugeres, á las que se habia callado la última determinacion del consejo, miraban á sus padres y maridos, y su perspicaz talento veia un mal cercano, pero no podian figurarse que hubiesen de ser acariciadas en breve con el agudo puñal por la mano querida que besaban con amor. Sin embargo, el secreto que ha de sacrificar la persona amada no puede ocultarse largo tiempo á la víctima, y al amor se debe la existencia de una de las ciudades mas respetables y gloriosas de España, y el vencimiento de la Cruz sobre la media luna musulmana.

II.

Lugubre aspecto presentaba la ciudad de Tortosa al encapotar las tinieblas de la negra noche los últimos reflejos del día 25 de febrero de 1149; empeñados los hombres en defender las ya vacilantes murallas, los caballeros reunidos en preparar la terrible catástrofe que habia de suceder al siguiente día, todo estaba en sepulcral silencio interrumpido solamente por los golpes que de en cuando en cuando causaban las terribles piedras que arrojaban los sitiadores contra las murallas, y por los últimos quejidos de alguna víctima del patriotismo y de la religion mas pura. Sin temor á las lanzadas piedras, y deseosas de inquirir el motivo porque se las llamaba tan á deshoras y con tanto sigilo, se veian acudir por todas las calles de la ciudad con direccion al templo de Nuestra Señora á las hermosas tortosinas de todos estados, llevando pintadas en su rostros la curiosidad que les anima y la ansiedad con que deseaban saber lo que se les queria en nombre de la Virgen, por el que habian sido citadas á su santuario. Como se les hubiera encargado que pendia de aquella audiencia la vida de sus padres esposos é hijos y la total ruina de la ciudad, y del secreto de su reunion las suyas propias, todas guardaron el mayor disimulo con los hombres, y muchas por no ser conocidas y poder pasar por guerreras que se dirigian á sus puestos, se armaron con los trages de guerra sobrantes de sus hombres, y sosteniendo con trabajo el hierro de sus vestidos, acudieron á la misteriosa cita con la mayor puntualidad.

Ninguna de las mugeres reunidas en el templo sabian el objeto de la llamada, á escepcion de doña Sol y doña Dulce, esforzadas cuanto hermosas señoras que aguardaban al mayor número para comunicar su resolucion.

Era doña Sol imagen viva del celeste en hermosura y la dama de mas prestigio de la ciudad, tanto por su singular belleza, talento, y categoría, cuanto por su denodado valor, puesto que habia presentado su precioso pecho muchas veces á los tiros del enemigo para alentar á los desfallecidos hombres de armas á la pelea, y dar con su presencia ánimo y vigor á los ya fatigados caballeros. Hija del cautivo Moncada, hervia en su sangre el valor de su padre; y el deseo de vengarle y de volverle la libertad, era el norte de todas sus acciones, sin que el natural cariño la impidiese de amar con el amor mas puro y ardiente al joven *Jaime Semmenat*, sobrino de *Mosen Pedro Semmenat*, uno de los cuatro héroes que fueron agraciados dignamente con la corona mural por la toma de la ciudad. Este joven que se habia horrorizado con la determinacion del consejo de los caballeros sobre el asesinato de las mugeres, corrió lleno de amoroso dolor á los brazos de su Sol, y abrazándose en sus ardientes rayos, no pudo menos de anunciarla su funesta sentencia, á pesar del secreto que se le exigiera. Doña Sol sin alterarse, antes bien consolando á su amante, concibiendo instantaneamente un pensamiento grande, rogó á D. Jaime que volviese al consejo de los caballeros, é hiciese de modo que por solo un día se suspendiese la sangrienta egecucion, afirmando por su amor y el que tenia á su padre, que ella procuraria un remedio mejor á tan grande mal, y que no digese que sabia nada, haciendo por el contrario que hombre ninguno se separase de su puesto aquella

noche, porque así importaba á su designio. Sin poder saber el arcano de aquel secreto que se ocultaba á su amor, partió el afligido amante de aquel Sol de su ventura, esperando mas de la misericordia de Dios que de la imaginacion de quien tanto adoraba sobre la tierra.

Idose don Jaime, la bella doña Sol puso en conocimiento de doña Dulce su hermana, cuyo nombre competia con sus suaves maneras y sensible alma, si bien aunque hermosa, al lado de su hermana, recibia cual luna los reflejos sin los cuales fuera menos bella, y como en el ánimo fueran de igual condicion como hijas de un mismo tronco, acordaron reunir todas las mugeres que pudieran para llevar á cabo la idea mas heroica que cupiera en su débil sexo. Como la desgraciada cautividad del querido padre las tuviese dueñas de sus personas, por carecer de madre que gozara ya la eterna quietud de las almas, pusieron en planta su proyecto, ocupando en la cita de las señoras y mugeres de la ciudad sus criadas y personas, encargando que unas á otras corrieran la voz por sus parientas y vecinas. Cumplido su primer designio se vistieron ambas hermanas de las lucientes armaduras de su padre, y embrazando las luengas lanzas y los pesados broqueles fueron á tomar puesto al templo de María, donde habian de presidir la femenil asamblea que habia de admirar á las venideras generaciones.

Lleno el santo templo con casi todas las mugeres de la ciudad, y no diciendo nadie el objeto de la reunion, se empezaba ya á sospechar algun engaño ó asechanza enemiga, cuando paró todas las sospechas en su origen la presentacion de las dos bellas hijas de Moncada. Apareció doña Sol, ante aquella junta, tan hermosa como se presenta el astro del dia dorando las colinas y dando vida á la naturaleza que sonrie de placer á su vista. Sus cabellos de ébano caian por la acorada armadura sirviendo de dosel á su magestad, y el fuego que salia de sus rasgados y negros ojos, eclisaba los rayos del mismo astro cuyo nombre llevaba. Todas las mugeres prestando homenaje á su angelical belleza, se inclinaron respetuosamente á su presencia, y enmudeciendo á la vista de sus encantos, hicieron el silencio necesario para saber de su boca lo que tanto deseaban. Valiéndose de este momento de suspension doña Sol prorumpió: «Tiernas esposas, cariñosas madres, prometidas doncellas, la patria se hunde sin remedio, y vosotras sereis las primeras víctimas que envolveran sus ruinas. Mañana cuando el sol alumbre la ciudad por última vez, caereis todas bajo el golpe fatal de la espada ó el cuchillo de las personas que os son mas caras, pues desesperados de poder vencer á sus enemigos, cual otros numantinos, han jurado imitarles, empezando por vosotras el sacrificio que ha de preceder al suyo. Está decidido, mañana cuando toque á medio dia la campana de esta iglesia, todas seremos víctimas de un bárbaro heroismo, y ni la hermosura, ni el amor, ni las lágrimas serán bastantes á detener la sangrienta mano de nuestros juramentados verdugos.» Las mugeres que esto oyeran y que conocieran la fidelidad con que sus hombres cumplieran sus juramentos, empezaron á llenar el templo de sus quejas y lamentos unas de pesar y de despecho otras; no faltando muger de la plebe que propusiera que, pues que eran ellos pocos y triplicadas ellas, se juntasen y acometiesen contra sus verdugos, de modo que se cambiase la suerte, lo que no fuera tan difícil en el estado de fatiga y debilitadas fuerzas en que se hallaran los soldados. Encrespándose iba la

discusion de aquella reunion cuando elevando su voz doña Sol les volvió á hablar de esta manera: «Dura y cruel es la muerte, amadas compañeras, pero inevitable si no teneis una alma fuerte para hacerla frente con otros peligros que á ella conducen: puesto que ya veo muchas esforzadas matronas vestidas en traje de guerra como yo, ármense todas, y las que no tengan con qué vayan á mi casa, donde por estar en ella el almacen de las armas, encontrarán fuertes cotas y agudas lanzas con que hacer frente á los peligros que nos amenazan. Y cuando ya armadas nos encontremos, remitamos al consejo de los hombres una embajada proponiendo pelear con ellos en el campo enemigo hasta la muerte, ó morir al filo de sus espadas haciendo caras nuestras vidas si fueran tan bárbaros que se empeñasen en imolarnos para llenar sus designios.» Ni una sola muger contradujo esta heroica proposicion que admitieron con entusiasmo, y precedidas de doña Dulce, en tanto que los hombres defendian el lienzo de la puerta de S. Juan que combatian con empeño los sitiadores, se armaron todas en el depósito de armas de los que habian sucumbido en aquella sangrienta lucha, y volvieron al templo á reunirse con sus compañeras, determinadas á llevar adelante la anterior proposicion que juraron ante la imagen de María. Cuando vido doña Sol tan considerable número de mugeres armadas, que llenaban no solo el templo sino todas sus avenidas, encargando á doña Dulce el sostener el ánimo de aquellas mugeres y arreglar sus filas, partió acompañada de seis de las mas bien armadas al consejo de los caballeros, como embajadora del nuevo y decidido ejército.

III.

Temiendo Mosen Roguer que mandaba la plaza, que las súplicas y lágrimas de las mugeres debilitasen el valor y decision de caballeros y soldados para el fatal degüello que debiera egecutarse al dia siguiente, hizo jurar á los primeros y prohibió bajo pena de la vida á los segundos, el que volviesen á sus casas ni dijese nada á sus mugeres é hijos, hasta el terrible momento en que la campana mayor diese la funesta señal. Esta bárbara, orden cumplida religiosamente, causó la felicidad de Tortosa, pues permitiendo á las mugeres reunirse sin ser vistas, preparó el desenlace mas feliz que pudiera esperarse. Los momentos que el tenaz empeño de los enemigos no les llamaba á las murallas, se reunian los caballeros en consejo, por si encontraban algun remedio á sus males, y como en uno de estos, solicitase el joven don Jaime Semmenat, la suspension por solo un dia del fatal trance, hallábanse divididos los ánimos entre los caballeros, abogando unos por la suspension y otros por el contrario. En acalorada disputa estaban al rayar el dia cuando se les avisó que seis caballeros con las viseras de los cascos corridas y cuyos arneses desconocian, pedian entrar en el consejo. Grande alarma causó en el consejo este anuncio, y temieron que acaso una traicion se les hubiera jugado, pues conociéndose todos y estando allí reunidos, y no habiéndose anunciado parlamento alguno por parte de los encarnizados sitiadores, no acertaban quien pudieran ser aquellos caballeros que pidiendo parlamento, ya dentro de la ciudad, se anunciaban de tal manera. Creció el espanto cuando hechos entrar, se cercioraron á la simple vista de que eran enemigos, puesto que advirtieron en el que les capitaneaba la divisa de «con-

«tra unos ó contra todos muerte.» Mosen Roguer adelantándose un poco al encubierto caballero, le demandó el objeto de su venida, á cuya pregunta le respondió: «La inicua é irreligiosa sentencia que habeis pronunciado contra las débiles é inocentes mugeres, contra los inocentes niños, y contra vuestros ancianos padres, ha irritado al Dios de los egércitos y ofendido á su santísima Madre protectora de esta ciudad, de cuyo soberano poder habeis desconfiado. Si Dios ha permitido los males que os aquejan, ha sido para castigar vuestros pecados, así como castigó un dia las abominaciones é idolatria de los godos vuestros padres. Empero siendo agora todos los habitantes de esta ciudad cristianos, y decididos á volver á su primer estado el culto divino, es imperdonable hayais locamente olvidado la misericordia del que todo lo puede, y desconfiados querais imitar á los de Sagunto y de Numancia, que siguieron tan atroz parecer porque siendo infieles y sin fé ponian toda su gloria en las cosas mundanas. Considerad, caballeros, que sois cristianos, y en que si Dios alguna vez castiga y persigue, jamás abandona á sus criaturas. En fin, sabed caballeros, que irritado Dios de vuestro proceder, ha puesto tal valor en vuestras víctimas, que ellas solas bastan, no solo para defender su santa causa, sino para sacrificaros á la venganza del cielo.» Despues de un momento de silenciosa admiracion, Mosen Roger con voz enérgica, pero cortada, replicó al que acababa de hablar: «y ¿quién sois vos que con tal hipocresía venís á provocar nuestro valor? descubrios.—Sí haré, dijo el guerrero;» y alzándose la férrea visera, eclipsó doña Sol con sus reflejos la claridad de la aurora que empezaba á alumbrar con sus rosados rayos el salon del consejo. Como sus compañeras, señoras principales de la ciudad, cuyos maridos estaban presentes, hicieran lo mismo, los caballeros quedaron admirados de tal bizarría y denuedo, y mucho mas D. Jaime, que no creyera tal valor de aquella de quien dependia su felicidad futura. «¿Quién os ha dicho, muger singular, prorrumpió Mosen Roger, lo que con tal secreto se ha dispuesto en este sitio?—Un angel del cielo nos lo ha revelado, contestaron todas á la vez,» y doña Sol dió á D. Jaime una tierna mirada que hirió dulcemente su corazon. Admirados quedaron los caballeros á tal respuesta, y se preparaban á pedir mas explicaciones, cuando entró en la sala un soldado muy azorado gritando: á las armas, caballeros, traicion, traicion, el enemigo ha penetrado en la ciudad, y en gran número ocupa ya el templo de María, y todas sus avenidas. Los caballeros se consternan, tiran de sus espadas, agarran otros sus lanzas, y desesperados se preparan al último combate, cuando poniéndose á la puerta doña Sol con sus compañeras les grita: «Deteneos, que aun es agena la traicion de los pechos tortosinos: esas tropas que dice ese soldado son vuestras hijas y vuestras mugeres, que como yo armadas esperan que revotéis vuestra bárbara sentencia, y las concedais pelear á vuestro lado, ó de lo contrario morirán vendiendo caras sus vidas y peleando con vosotros.» Sosegados con esto los caballeros, salieron á ver el heroico ejército y quedaron asombrados de lo que veian sus ojos. Los soldados de la muralla, que no estaban en antecedentes, creyéndose vendidos empezaron á correr por todas partes gritando traicion; la campana mayor tocó, y tomando los defensores del castillo de Zuda su lúgubre son por el convenido para al fin de la ciudad, por todas partes se vieron instantáneamente hachones incendiarios y pu-

ñales desnudos para sacrificar las primeras víctimas. Los ricos efectos empezaban á arder por algunas calles, y los soldados buscaban en vano llenos de rabia mugeres que asesinar; los inocentes niños y débiles ancianos estaban á punto de ser inmolados, y lo fueran si el sonido de los clarines y atambores de guerra no les llamase á todos á las murallas. Reunidos los soldados, no sin haber causado algunas desgracias, fueron sosegados por los caballeros, que descubriéndoles lo que habia, les dieron orden de suspender hasta nueva orden la que se les diera el dia anterior.

Doña Sol y sus compañeras se pusieron al principio del desorden á la cabeza de sus compañeras para empezar el combate en caso necesario; y calmada la agitacion de los hombres de armas, fue Mosen Roger con los caballeros á consultar con las mugeres medios de conciliacion. Convínose entre ambas fuerzas en las siguientes proposiciones de doña Sol: que las mugeres así armadas subiesen á las murallas con muchas banderas y tambores, haciendo gran rumor de guerra, y que los hombres hiciesen lo propio; que disimuladamente se enviasen dos espías al campo del moro fingiendo llevar cartas al conde don Ramon Berenguer, en las que se le digese habian llegado sus tropas aquella noche, que dejándose coger dijese que eran muchas las fuerzas que habian llegado y que ya nada temian, puesto que el mismo don Ramon levantando el sitio de Lérida llegaria pronto á socorrer la plaza. Convenidos todos en tan discretas bases y en que al propio tiempo se haria por los hombres una repentina salida, se empleó todo el dia en hacer los preparativos para la jornada que habia de empezar en la aurora del siguiente dia, hasta el que los caballeros y hombres de armas se entregaron á la oracion pidiendo el auxilio de la Madre de Dios, y en el que encendidos de nuevo amor prodigaron á sus valerosas mugeres los obsequios y cuidados que merecia su denodado arrojo y nunca visto heroismo. Doña Sol tenia un deber que llenar, y á él puso mano antes de prepararse al combate, ni de recibir los obsequios del dueño de su corazon.

IV.

Con lágrimas de dolor habia visto don Guillen de Moncada en aquel dia á sus valientes amigos sobre las murallas de Tortosa, haciendo vanos esfuerzos para defender una plaza, que sabia él no podia resistir tal vez un dia mas al embate de tan numerosos enemigos. La suerte de sus dos queridas hijas le afligia el sensible corazon por una parte, y las desgracias en que iba á caer la amada patria atormentaban su alma. Uníase á sus penas el recuerdo del abandono en que les tenia al conde D. Ramon, y los insultos que diariamente hacian á su persona el infiel rey de Valencia, que á fin de librarse de los tiros que dirigian los sitiados, habia colocado su tienda detras de la suya, para que viendo los tortosinos el peligro que corria su general, no dirigiesen sus piedras y saetas á la real tienda. Reflexionando se hallaba Moncada en el motivo que pudiera causar el grande alboroto que se habia oido en la plaza en el dia que habia espirado, temiéndose alguna traicion, cuando vió entrar en la tienda un esbelto moro con la visera cubierta, que saludándole en nombre de Allah, le dijo que le siguiera si queria ser libre. Pidió esplicaciones el de Moncada, pero atajando sus palabras el mensajero le dijo: si quereis salvar la

ciudad que debe entregarse mañana si vuestro brazo no la defiende, si queréis librar vuestras hijas de la inevitable muerte que sin vos las aguarda, no vacileis un punto, tomad esta espada y partamos. Moncada al tomar la espada reconoce ser la suya y se admira, vacila un momento creyendo se le arme un lazo para asesinarle; pero viéndose ya armado, confía su salvación de Dios á quien se encomienda y de su brazo, y decidido prorrumpe: partamos. Dormidas estaban las centinelas de la tienda de Moncada; las tropas árabes marchaban silenciosas ácia la puerta de San Juan para el asalto que estaba decidido en el venidero día, y Moncada y su generoso conductor atravesaron el campamento sin ser notados, y llegaron bajo los muros de la ciudad. A una palmada del conductor se abrió la puerta de la empalizada del castillo de Zuda, y como los guerreros que la defendían conociendo á Moncada, le victoreasen, el conductor les impuso silencio y condujo al asombrado Moncada á donde estaba reunido el consejo de los caballeros. Admirados quedaron todos á la aparición de su cautivo general, y levantando sus voces hasta el cielo, le victorearon y abrazaron todos dando gracias á Dios por haberles concedido el hombre capaz de salvarles. Moncada les abraza con cariño, pero aun cuando los habla y toca, todavía piensa que sueña no pudiendo creer sino es ilusión su repentino pase de la esclavitud á la libertad. Una cosa le falta aun despues de saber que viven sus hijas todavía, y es saber quien es aquel cristiano ó moro á quien debe el verse entre sus amigos; estos que en su sorpresa habían advertido á un infiel que creyeron fuese algun guarda de Moncada que le diese libertad viniéndose con él, se maravillan cuando su general elogiándole les cuenta del modo que le ha salvado, y rodeándole todos al darle gracias por su generosa conducta le suplican se descubra. Pídeme cuanto quieras generoso moro, ¿por qué qué podré yo negar al que todo lo debo? di que exiges de mí. — Tus brazos, padre mio, respondió doña Sol, arrojándose en ellos despues de quitarse el pesado casco. — Hija mia! dijo Moncada, y el amor paternal disfrutó en los brazos de la hija placer tan puro y grande que solo fuera dado á un padre bosquejar. Atónitos los caballeros al ver tal valor encerrado en el pecho de una debil muger, se avergonzaban de haber dictado resoluciones tan bárbaras como las que aquella heroína había sabido trastonar, y el sensible D. Jaime gozó del gran placer que disfruta el amante cuando todo el mundo bendice al objeto de sus amores. Crecían los paternales cariños de don Guillen á manera de que los caballeros le contaban la heroica resolución de su hija y sus disposiciones salvadoras, y dirigiéndose sosteniéndola en su brazo al castillo de la Zuda donde estaban las varoniles mugeres, y donde estrechó en su seno á su querida doña Dulce, se admiró del denuedo de las matronas y se vanaglorió en su alma de haber dado el ser á dos heroínas. Allí contó doña Sol como no pudiendo sufrir la prision de su padre, al que había visto en su tienda prision desde la muralla, imaginó el medio de salvarle á todo trance, y que ayudada de las señoras á quien se encomendó aquella puerta mientras descansaban los hombres para el combate, salió de la plaza encomendándose á la madre de Dios, y se dirigió en aquel trage á la tienda, que encontró sola con los guardas por estar los moros levantando el campo por aquel lado. Que á fin de no ser sospechosa ayudó á quitar las tiendas cercanas, y que advirtiendo dormidas las centinelas

entró en la tienda donde encontrando á su querido padre había podido salvarle. Moncada aprobó cuanto estaba dispuesto para la amanecer que ya se acercaba, y á fin de animar á los soldados con su presencia, mandó Mosen Roger tocar llamada á los clarines y cajas,

V.

Empezaban á cargarse de oro las vecinas colinas, beneficiadas de la riqueza que sobre ellas arrojaba el padre de la vida, y á esta hora los moros cansados de que un puñado de hombres resistieran por mas tiempo al embate de su aguerrido y numeroso ejército, se disponían á terminar aquel día su empeño, reconquistando la plaza que poco ha perdieran por su abandono. Ya se preparaban las cuerdas, escalas y castillejos para dar un asalto general, cuando llamó su atención el extraordinario ruido de clarines y tambores que se sentía en la plaza; fijaron su atención en las murallas y no tardaron en verlas coronadas de guerreros, cuyas banderas y vestiduras se diferenciaban de las que vieran otras veces. El castillo de Zuda engalanado con ricas banderas, en las que campeaba la Cruz, se hallaba guarnecido de inmensas picas, y los vítores y gritos de guerra con el repique de las campanas, anunciaban á los sitiadores que los sitiados á quienes creían débiles y pocos, tenían mas esperanza de triunfo que de pérdida. Asombrado el rey de Valencia con tan inesperado y marcial aparato, sin que acertase con la causa, y reparando el destrozo que empezaban á hacer en sus gentes las gruesas piedras y saetas que se arrojaban de las almenas, mandó retirar sus batallones, en tanto conversaba con sus capitanes el partido que debiera tomarse. Cuando daba estas órdenes le presentaron un cristiano vestido de musulman sorprendido en una barca que vieron salir de la ciudad, y al que registrado habían encontrado un pergamino cerrado que entregaron al rey. Ansioso abrió éste el pergamino, y como en él leyese que habían recibido socorro de nuevas tropas los sitiados por la parte del mar, y que el conde don Ramon se dirigía á forzadas marchas á defender la plaza, lleno de cólera, ordenó inmediatamente hacer cortar la cabeza á los vigías del mar por su descuido, y ordenando que á todo trance se diera el asalto, mandó que le tragesen á don Guillen de Moncada para saciar su furor en su enemigo. No bien había nombrado á Moncada, cuando alzando la vista hácia la ciudad le vió insultando su enojo ordenando las tropas cristianas. Hecho una furia en el acceso de su furor, corre á la tienda que fué prision de su enemigo, asesina por su mano al centinela que la guardaba, y prorrumpiendo en horribles imprecaciones, manda atacar la plaza dando por orden que nadie quede con vida en ella. Inútil orden, abriéndose la puerta del Coll de San Juan, que desde entonces se llama tambien del Campo, porque tenían en aquel sitio sus tiendas los moros, salen por ella los cristianos mandados por Moncada y por mosen Roger, y gritando Santiago dieron contra los moros con tal denuedo y valentía, que no esperando tan repentino ataque, se desordenaron casi del todo á pesar de estar preparados al asalto. A las voces de Allah, Allah, que daba el rey de Valencia, se volvieron á rehacer de tal modo que ya tocaban á uno de los portales de la ciudad, habiendo ganado el arrabal, cuando un romero ó peregrino que estaba en ella sentado con grande serenidad, combatió con ellos

con tanto valor y furia (1) que puso en fuga al tercio que se dirigió á aquel punto, los cuales acuchillados por doña Sol, movieron tal desorden en el campo de los infieles, que todos, incluso el rey, se entregaron á la fuga, dejando á los cristianos enteramente dueños del campamento y pertrechos de guerra con muchos prisioneros además de la infinidad de infieles que dejaron matizado el campo con sus cadáveres. Después de perseguidos por largo trecho los moros, volvieron los cristianos á recoger el gran botín que les dejaron los enemigos, y antes de que acabara el día se ofreció la victoria ante las aras de la Virgen María, á quien la creyeron los fieles deudora de tantos beneficios. Buscando el romero misterioso por toda la ciudad y no pudiendo ser habido, se creyó que el apóstol Santiago había protegido aquella feliz jornada, y se acordó por unánime voto colocar en el portal defendido la estatua de un peregrino, y que desde aquel día se denominase aquella entrada el portal del Romeu.

Reunidas las heroicas matronas en el corral del Temple dió en nombre de todas el de Moncada la corona Mural á su hija doña Sol y su mano á don Jaime, á quien ella amaba, el cual se había portado aquel día digno de la heroína de Tortosa, que le estaba prometida. Las mugeres abrazaron á sus padres y maridos, y todos declararon que solo á ellas se debía la salvación de la patria.

VI.

Conquistado había el conde D. Ramon Verenguer á Lérida y Fraga, cuando noticioso de la heroicidad de las mugeres de Tortosa y deseoso de premiar su valor, y de disculparse por su falta de socorro, se dirigió á la vencedora ciudad. Como viese que á pesar de haber anunciado su llegada se hallaba el portal cerrado para impedir su entrada, conociendo la razón de su enojo dijo á los guardadores de las puertas que eran D. Guillen de Moncada y Mosen Roger: Que considerasen que él era el que les había puesto en tan buena población y regalada tierra, con tantos trabajos, fatigas y gastos, y que mas que á otro alguno le pesaba á él no haberles podido socorrer, asegurándoles que en adelante él les haría recompensa con que claramente conocerian cuán caramente los amaba. Oídas por los tortosines la parla del conde, facultaron á Moncada para que dándole entrada les hablase en su nombre, y así respondió el D. Ramon: que la voluntad de los tortosines, no

(1) En Tortosa hay una puerta llamada Portal del Romero, en la que se ve la estatua de un peregrino, la que dicen que fué puesta allí para memoria de este milagro.

era de dejarlo de tener por su señor, antes bien les placia ponerse debajo de su dominio y de su amparo, mas pues que él les había desamparado en tan grande necesidad é infortunio, de manera que ellos mismos se librasen del peligro, que era como haberse rescatado ellos propios, que era muy grande razón les diese privilegios y libertades á su placer. El conde accedió á su petición, dándoles licencia que ordenasen sus leyes y estatutos como mejor les pareciese (1). Entrando el conde en la ciudad victoreado por sus vasallos, le condujeron al santo templo de María, donde halló armadas y formadas las varoniles defensoras de aquella ciudad; admirado de su marcialidad, y aun mas de la hermosura de doña Sol y de sus hazañas, quisiera coronarla por su mano, pero como ella se resistiese á recibir un galardón para sí, y pidiera para sus esforzadas compañeras, tomando el conde consejo de sus capitanes, ordenó: que para eterna memoria de aquel glorioso hecho, se condecorasen todas las mugeres con una hacha de armas de carmesí ó grana sobre un escapulario á la manera del de los frailes de la cartuja, el cual se pusiese sobre sus vestidos. También les concedió, que cuando un novio fuese á la casa de la novia para llevarla á misa (como era costumbre), las muchas mugeres que solian llevar consigo, fuesen delante de los hombres, aun cuando se hallase presente algun oficial del rey ó de la ciudad (2): que no pagasen derechos por las tocas y otros adornos de cabeza; y en fin, que si sobrevivian á sus maridos, quedasen por suyas todas y cualesquier ropas y joyas que sus maridos las hubiesen hecho por de grande valor que fuesen. Agradecidas las mugeres á tales distinciones, rogaron al conde que de su mano las condecorase, y accediendo á su deseo, en el mismo templo donde tomaron tan valerosa determinación, allí recibieron de la mano del soberano el Pasatiempo, nombre que se dió al escapulario ó sobrevesta militar que ennobleció su pecho (3). La fama publicó con sus cien trompas el valor y denuedo de las heroicas tortosinas, y grabando sus glorias en la tradición de los tiempos, mas duradera que los mármoles y los bronce, han llegado hasta nosotros para que las admiremos y aprendamos, como dijo Clemencin de la reina católica, que el alma y el valor no tienen sexo.

BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS.

(1) Estas leyes que confirió el conde como se las presentaron, se conocen hoy con el nombre de costumbres de Tortosa.

(2) Esta costumbre, que aun no se ha perdido del todo, estaba en todo su vigor á mitad del siglo pasado. V. Historia de Hiberia por Francisco Martorell.

(3) Los Pasatiempos se llevaron por las señoras de Tortosa, hasta mediado del siglo 17, como lo prueba Cristóbal Despuig Caballero, en sus diálogos.

FIN DEL BIBLIOTECARIO Y TROVADOR ESPAÑOL.

A los suscritores.

Dejando vararse la forma é índole de este periódico, por haber mudado de empresa, concluye en este número esta publicación. En el número siguiente se dará la portada é índices ofrecidos.

IMPRESA DE SANCHO



EL BIBLIOTECARIO Y TROVADOR ESPAÑOL.

A los suscritores y al público.

Al terminar esta publicación, no puede menos el editor de dar una franca satisfacción á los que le han auxiliado en esta empresa, y al público español. Hace tres años que deseando hacer una publicación de esta clase, invité á los señores redactores que han escrito en este periódico y á otros españoles amigos y conocedores de las letras, á la par que coleccionistas de documentos históricos y poesías nacionales inéditas. La guerra civil que nos aquejaba por una parte y la poca afición que se notaba por las cosas antiguas por la otra, retrajo á la mayor parte de los literatos con que habia contado, temiendo todos no salir airoso en una publicación en la que presagiaban no habian de sacarse los gastos indispensables, así como habia sucedido en otras de este género. Convencido de sus razones desistí por entonces de mi empeño, y aguardaba ocasion mas oportuna, cuando supe que los señores *Avellaneda*, *Caro* y *Cifuentes* que se hallan en Bruselas, iban en union de otros españoles, á publicar un periódico igual á éste y con los mismos títulos. Escribíles inmediatamente recordándoles que eran españoles, y que debian preferir su patria á la extranjera para publicar los preciosos documentos históricos que poseian, con otras razones que me dictó mi patriotismo. Oyeron mi súplica los espresados señores, mis amigos, y suspendiendo la publicación me facultaron para hacerla en ésta, con la condicion, de que si á los tres meses no cubria los gastos indispensables, cesaria por su parte todo empeño. Confiado yo en el buen éxito busqué á los señores *Castellanos* y la *Usada*, sugetos, el primero conocido por sus artículos de Arqueología, y ambos poseedores de documentos curiosísimos. Luego que obtuve su beneplácito, anuncié el periódico dividido en dos secciones, para mayor ventaja de los suscritores; pero aunque manifesté en los números primeros, que ruego vuelvan á leerse, el objeto que me inducia á hacer esta publicación, no llegó á doscientos en toda la Península el número de los suscritores, no contándose entre ellos sino cinco nombres desconocidos en la república de las actuales letras españolas. Pasados los cuatro meses, época en que se hallaba en esta corte el señor *Cifuentes*, retiraron aquellos señores su empeño como ofrecieron, sin haberme dado mas que ocho documentos y doce poesías de las insertadas; y á no ser por los señores *Castellanos*, *Usada*, *Mendoza* y *Lopez* y *Alvarez de Toledo*, que me dieron algunas de las de sus colecciones, hubiera tenido que concluir antes el periódico por falta de materiales. Muchos y preciosos son los que tienen estos señores; pero siendo estos la mayor parte largos para un periódico en que se quiere variedad, no cubriendo yo los gastos indispensables de impresion con la suscripcion, ni teniendo fondos que sacrificar, como lo hago con mi trabajo y persona en las aras de la patria, ceso con dolor mio en esta publicación, que con mejor éxito seguirá publicándose en Bruselas con el mismo título, segun me han escrito los referidos señores, donde podrán pedirla los amantes de esta clase de periodicos, cabiéndome solo la satisfaccion de que en esta parte, como en todo, he hecho lo que he podido en beneficio de mi patria. Los señores redactores espresados, á riesgo de que se les reimprima en Bruselas como sucede con todas las obras buenas, van á empezar una nueva publicación de este género, la que quizá será mas afortunada que la mia, y luego que se verifique, obtendrán los señores suscritores los cuatro pliegos y medio que en el trascurso de este periódico he dejado de darles por la falta de papel de igual tamaño y calidad. Los pocos suscritores que estaban suscritos por algunos meses mas, que los que ha salido este periódico, podrán pasar á recoger sus adelantos á las librerías en que se suscribieron.

JOSE MARIA ALVAREZ